

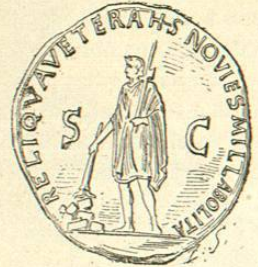
de los sacrificios que su dignidad le ofrecía, ya en alguna cacería, que solía él prolongar hasta en sitios peligrosos.

Un movimiento de los bárbaros llamaba al emperador á orillas del Danubio, y los conjurados tuvieron que esperar á su vuelta, pero algunas palabras imprudentes pusieron á las huellas de la conjuración. El senado instruyó rápidamente el proceso y sabiendo bien que en un Estado despótico todo competidor es un condenado á muerte, prestó al emperador el servicio de hacer ejecutar á los culpables sin esperar sus órdenes.

A su regreso, que fué precipitado, quejóse el príncipe de una justicia tan rápida, declarando que hubiera hecho gracia á lo menos de la vida. Puede sospecharse de la sin-



Doble congiario dado por Adriano (1)



Condonación de los atrasos (2)

ceridad de estas palabras dichas después de la ejecución; sin embargo, cuando poco después cambia Adriano los dos prefectos del pretorio que habían impelido al senado á las resoluciones extremas y elige más tarde por hijo adoptivo al yerno de una de las víctimas, se inclina uno á creer con Marco Aurelio que los Padres se precipitaron mucho en dar pruebas de su fidelidad.

Adriano, refiere su biógrafo, olvidó á los que había tenido por enemigos antes de su elevación. «Ya estás en salvo,» dijo á uno de ellos, el día de su advenimiento; é instigado por su antiguo tutor Celio Atiano á desembarazarse de gentes justamente sospechosas, sobre todo, del prefecto de la ciudad, el más importante personaje de Roma, se negó á ello resueltamente. Y toda su historia mostrará que no era hombre sanguinario.

Así desde los primeros meses de su reinado renovó y confirmó la alianza de Nerva y de Trajano con la aristocracia senatorial. Sin embargo, conservó contra ella ciertas desconfianzas que la reciente conjuración no podía disminuir y tuvo presente siempre el recuerdo de Domiciano y de la miserable existencia pasada por este príncipe en medio de los terrores y peligros. En vez de quedar encerrado en la capital con sus libertos, cuyo principal estudio era corromper á su patrono para aprovecharse de sus vicios, y enfrente del senado, al cual no era prudente mostrar muy de cerca ni por mucho tiempo al soberano, Adriano vivió en todas partes menos en Roma. No era que quería limitar sus cuidados á garantizar su seguridad personal; al contrario, encontramos en él al príncipe que comprendió mejor que ninguno de los emperadores romanos todos los deberes de su cargo. «Si me sucede una desgracia, te recomiendo las provincias,» había dicho Trajano al juriscónsul Prisco, á quien juzgaba digno del imperio. Adriano

(1) PONTIF. MAX. TR. POT. COS. II. En el exergo, LIBERALITAS AUG. S. C. Adriano sentado en un estrado; delante de él un hombre haciendo la distribución; detrás, la Libertad sentada. Gran bronce (Cohen, núm. 954).

(2) RELIQUA VETERA HS NOVIES MILL. ABOLITA S. C. Un licitor pegando fuego á un montón de papeles. Gran bronce (Cohen, número 1,046).

no olvidó nunca estas palabras, y puesto que en todo su voluntad era soberana, creyó que debía verlo todo, antes de decidirlo todo. Su reinado no es, á decir verdad, sino un largo viaje por las provincias, cuyas necesidades quería conocer estudiándolas sobre el terreno, y á cuyos funcionarios ver en ejercicio, á fin de evitar los errores, los olvidos, las injusticias que causaba el espeso velo de la corte y del mundo oficial interponiéndose en Roma entre el emperador y el imperio.

Con esta manera de vivir, desbarataba las intrigas, que no podían seguirlo á todas partes, y al mismo tiempo, se aseguraba de la fidelidad de las legiones que visitaba alternativamente; de manera que le era doblemente ventajoso hacer bien su oficio de emperador.

La cronología de estos viajes es difícil de establecer (3) y tenemos muy pocos datos sobre cada uno de ellos, bien que Adriano hubiera empleado en ellos los dos tercios de su reinado, trece ó catorce años de los veintinueve. Antes de exponer su administración interior, siguiéndolo á las provincias para recoger el escaso botín de hechos particulares á cada país que nos suministrarán las medallas, las inscripciones ó las historias (4), vamos, como él, primero á la frontera y veamos de qué manera se proponía practicar la política de paz, de que había hecho la regla de su gobierno desde los primeros días de su reinado.

Esta política empleó estos dos medios: más allá de la frontera, el régimen de los subsidios, al que se dió una amplia extensión, á fin de retener á los bárbaros en sus términos; en la misma frontera, una poderosa defensiva, constituida por inmensos trabajos de fortificación y por la más severa disciplina en los ejércitos.

El uso de los subsidios, iniciado por Augusto y continuado por sus sucesores, pero según las circunstancias, vino á ser para Adriano un principio de gobierno, cuya aplicación por desgracia se deja adivinar más bien que revelarse por hechos numerosos. Hemos visto que en vez de aventurar sus fuerzas en el corazón del Asia, habíalas replegado en la frontera que la misma naturaleza había marcado por detrás del gran desierto de Siria; y lo mismo hará en Bretaña «á fin de no conservar nada inútil,» como dice su biógrafo. Después, bien trazada su frontera y cuidadosamente evitadas las cuestiones de límites, que hubieran producido rozamientos peligrosos, obró á la parte de allá por medio de la persuasión, de los consejos, de los presentes, para establecer buenas relaciones entre los bárbaros y el imperio. Pensionó á un rey de los roxolanos y á otros muchos, pues se lee en Eparciano «que se atrajo á todos

(3) J. Durr (*Die Reisen des kaisers Hadrian*) ha procurado establecer la serie cronológica de estos viajes, pero ha tenido que poner muchos puntos de interrogación. He aquí la conclusión de este erudito trabajo: 117, en Siria, Palestina y Egipto (?), á principios de noviembre en el valle del Danubio; - 118, en el valle del Danubio y regreso á Roma á primeros de agosto; - 119, permanencia en Roma y en la Italia meridional; - 120, permanencia en Roma; - 121, partida para la Galia, la Retia y la Dórica; - 122, en Galia, Bretaña y España; - 123, en Mauritania, Africa, Asia Menor y Siria; - 124, en el Ponto, Bitinia, Misia y las islas; - 125, en Tracia, Macedonia, Epiro, Tesalia y Grecia central; - 126, en Atenas, Peloponeso, las islas y Sicilia; - 127, en Roma; - 128, en Africa; - 129, vuelta á Roma, viaje á Grecia y estada en Atenas; - 130, mansión en Atenas, viaje al Asia Menor, á Siria, á Palmira, á Jerusalén, á Petra y Egipto; - 131, mansión en Alejandría y vuelta á Siria; - 132, en Palestina; - 133-138, en Roma.

(4) Tenemos las medallas de 25 provincias visitadas por Adriano. En cuanto á los historiadores, sólo quedan Eparciano, escritor confuso sin arte ni crítica, y Jifilino, inepto compilador de Dion Casio. Pero el siglo de los Antoninos es la época más brillante de la epigrafía romana y las medallas de Adriano son acaso las más bellas de la serie imperial.

los reyes con sus liberalidades;» palabras que Dion y Aurelio Víctor repiten y que Arriano confirma. «Al príncipe de los iberos, dice el primero, envió un elefante, una cohorte de quinientos hombres armados y ricos presentes. Cuando pasaba por las inmediaciones de los bárbaros, invitaba á sus jefes á visitarlo, y cambiaba con ellos presentes teniendo cuidado que los suyos fueran dignos de la mano que los ofrecía.»

Así, cuando Eparciano nos dice que dió un rey á germanos, podemos estar seguros de que este jefe volvió en medio de los suyos, seguido de consejeros que debían mantenerlo en la fidelidad al imperio y con los medios de asegurar las turbulencias guerreras de su pueblo. Por la parte del mar Negro, Arriano enumera seis reyes que tenían su potestad de Adriano.

Si conociéramos mejor la diplomacia de este príncipe, lo veríamos ciertamente ejercer sobre los pueblos establecidos á lo largo de sus fronteras una acción múltiple y continua, con oro, con comercio y acaso con intrigas, es decir, procurando ligar al imperio por medio de intereses esta primera barbarie que hubiera servido de muralla contra la barbarie más peligrosa escalonada á su espalda.

Esta política que prevenía las dificultades exteriores es la política de que han sacado en nuestro tiempo tantas ventajas los americanos, los ingleses y los rusos, sin que se haya visto en ello mengua ninguna, como se quiso ver en la conducta de los emperadores romanos (1). Más tarde, este medio de defensa vendrá á ser fatal irritando los apetitos de los bárbaros, sin que el imperio se halle en estado de contenerlos; pero en tiempo de Adriano era hábil y prudente, porque detrás de esta moderación, se encontraba la fuerza. Dion Casio no es un grande ingenio, pero interviniendo, como cónsul, en los grandes negocios, comprendió este sistema. «Colmó á los reyes de larguezas, dice; y los extranjeros no intentaron ningún movimiento contra él, porque nunca los inquietó y también porque conocían el poder de sus preparativos. Muchos se dejaban ganar hasta el punto de tomarlo por árbitro en sus diferencias.»

Toda la historia exterior del imperio durante este reinado está en estas palabras: Roma tuvo entonces paz; no la paz cobarde é imprevisora, que acepta el deshonor ó prepara los desastres, sino la paz activa y resuelta que no teme la guerra, porque ha organizado grandes fuerzas siempre dispuestas. En tiempo de Adriano, tuvo el imperio el aspecto de un soldado descansando sobre las armas, pero teniéndolas con mano viril.

Sabido es que el ejército romano no tenía guarniciones en el interior. El mejor general de la época imperial, Trajano, había formulado el principio de una buena administración de la guerra: «No alejéis al soldado de sus banderas; las guarniciones pequeñas destruyen el espíritu militar.» Todo el ejército estaba pues retenido con residencia fija á las inmediaciones de la frontera. Cubría el interior del imperio y no residía en él. A su espalda defendía la civilización, que á la sombra de esta protección militar, seguía pacíficamente su obra; y por delante contenía la barbarie y las agitadas olas de este mar siempre amenazador.

La vida era para el ejército ruda y austera, porque sus campamentos se alzaban en soledades abrasadoras ó heladas, en medio de pantanos que él mismo desecaba, de

(1) De aquí la ridícula acusación de haber comprado la paz de los bárbaros: *A regibus multis pace occultis muneribus impetrata* (Aurelio Víctor, *Epit.* XIV).

bosques en que abría caminos, de llanuras incultas que hacía fecundas; y como el bárbaro estaba á cuatro pasos espiando toda ocasión de asesinato y pillaje, era preciso tener la mano en la espada al mismo tiempo que en el hacha, y la vista en todas partes.

Sin embargo, con el tiempo y la seguridad creciente hubo de deslizarse la molicie en los campamentos. Una multitud de industriales habían ido á establecerse á la sombra de sus muros para explotar las necesidades y los vicios del soldado, y la elegancia y el lujo de los jefes. Augusto había reservado á los hijos de los senadores y caballeros los grados de tribuno y de prefecto. Estos jóvenes elegantes, condenados á pasar cinco años en los campamentos antes de llegar á los cargos civiles y á los honores, habían llevado á ellos sus hábitos, y los campamentos permanentes, *castra stativa*, habían llegado á ser poco á poco poblaciones donde se encontraban todos los placeres y conveniencias de las ciudades.

Adriano fué duro contra esta molicie: hizo destruir, según su biógrafo, las grutas artificiales y los pórticos construidos para resguardar de la lluvia ó del calor del día, las salas de festín y las casas de recreo, donde se olvidaban los rudos deberes del servicio; expulsó á los mimos, á los bailarines y á todos los agentes de la vida fácil, que enervan física y moralmente al soldado; y para consagrar el recuerdo de esta vuelta á la austeridad de las costumbres militares, hizo acuñar medallas que lo representan marchando al frente de sus soldados con estas palabras al exergo DISCIPLINA AUG. como si una nueva divinidad hubiera descendido del cielo para la salvación del imperio.

Restablecida la severidad en el campamento, retuvo en él á todo el mundo, negando las licencias que no hacían necesarias graves é imperiosos motivos, á fin de que las legiones estuvieran siempre completas, y los oficiales y soldados siempre en aliento y con buen ánimo. Fuera de esto Adriano creía que el hombre de guerra se forma en el campamento, como el operario en el taller y el labrador en el campo: cada cual en el medio que le conviene.

Modificó el armamento de los soldados y formuló nuevos reglamentos para los bagajes. Bajo este doble punto estamos reducidos á las conjeturas. Pero el príncipe que hacía ejecutar mensualmente tres grandes marchas á sus soldados y él mismo seguía sus columnas, no debió ocuparse en la impedimenta, sino para disminuir su número y doblar la fuerza del ejército aumentando la rapidez de sus movimientos. Si los alojamientos fastuosos le parecían mal en el campamento, los embarazos de los bagajes debían parecerle peligrosos en campaña; y puesto que había suprimido los unos, sin duda redujo los otros.

En cuanto á las armas, ignoramos también los cambios que operó en ellas; pero nos queda la orden de servicio dada por su teniente Arriano, gobernador de la provincia de Capadocia que amenazaban invadir los alanos. Son instrucciones tan minuciosas y precisas como pudieran ser las del mejor general moderno: regulan la composición del ejército, su marcha, las disposiciones que habían de tomar-



Roma y Adriano dándose la mano. Moneda de oro (Cohen, núm. 172).



Adriano y la Libertad. Moneda de oro (Cohen, núm. 316).

se sobre el campo de batalla, durante la acción y después de la victoria.

Como Arriano habla en ellas de cuerpos de todas clases, es evidente que los romanos habían tomado de los bárbaros sus armas á fin de reunir á los medios de acción propios de las legiones, todos los demás de que el enemigo disponía. Encuentro además en otro pasaje de Arriano la orden del emperador á todos los generales de estudiar las armas y la táctica de los partos, armenios, sármatas y celtas.

Este cuidado de mejorar incesantemente el armamento de los soldados y las evoluciones de las tropas era por otra parte una antigua y feliz tradición de la política de los romanos. Las guerras contra los galos de Italia les habían enseñado la ventaja de los cascos de bronce y los escudos rodeados de una lámina de hierro; para combatir á los cimberos cambiaron el asta de la azagaya, el arma arrojadiza de los legionarios; de los españoles tomaron la espada corta y fuerte; de los griegos acaso la disposición de los campamentos, ciertamente sus máquinas de sitio y su poliorcética. Un barco cartaginés encallado en la playa había sido el primer modelo de sus galeras de combate. Así, aquel pueblo que se creía el primer pueblo del mundo, y lo era en efecto, aprendía siempre y perfeccionó sin descanso la ciencia que le sometiera el mundo.

Ningún servicio se escapa á la vigilancia y á las reformas de Adriano; ni el de las ambulancias, que visitaba diariamente, cuando estaba en el campamento; ni el de los viveres, que no faltó nunca, ni el de los almacenes de vestuario y armas, que tuvo siempre llenos. Un orden severo en los gastos permitía hacer frente á todas las necesidades.

«Intervenía personalmente, dice el historiador Dion Casio, en todo lo que se refiere al ejército, como las máquinas, las armas, los fosos, las trincheras, las estacadas, como también en todo lo que respecta á cada uno, es decir la manera de vivir, las habitaciones y las costumbres. Corrigió muchos abusos introducidos por la molición y los ejercitó á todos, soldados y jefes, en diversos géneros de combate, recompensando á los unos, reprendiendo á los otros, enseñándoles á todos su deber. En fin, con sus actos y ordenanzas puso en tan buen estado la disciplina y los ejercicios, que todavía hoy hacen sus reglamentos la ley en el ejército.»

Estas reformas podían excitar quejas; pero el emperador las previno sometiéndose él mismo á las más severas exigencias de la vida militar. Cuando iba al campamento no contaba el ejército sino un soldado más. Su traje era severo, sin oro ni pedrería en la armadura; solamente de marfil el puño de su recia espada; su comida frugal y sencilla, hecha con las provisiones de los legionarios, lardo, queso, aguapie, y siempre en público; y su manera de vivir la del mejor oficial. Si el ejército iba de marcha, una jornada de veinte millas (30 kilómetros) á pie y bajo el peso de las armas, en medio de las cohortes, no era cosa que lo espantara, y no estoy cierto si cuando hacía pasar á nado el Danubio á toda su caballería, no se encontraba entre ella (1). Más duro para sí mismo que el último de sus soldados, iba con la cabeza descubierta bajo las nieves de Caledonia como bajo el ardiente sol del alto Egipto; y hasta los últimos años de su vida, se ejercitó en el manejo de las armas, y nunca, ni en el campamento ni en las marchas, quiso servirse de carro ni de litera.

(1) A lo menos así lo afirma Suidas (Aðp. s. v.), y se conserva la inscripción funeraria del soldado bático, que fué el primero que llegó de esta manera á la orilla izquierda del Danubio (C. I. L., t. III, número 3,676).

He aquí irrecusables testimonios que cambian un tanto la fisonomía del amigo de Antinoo; pero la historia grave tiene que hacer aún muchas correcciones en la historia tradicional.

Cuando se pide la vida á los soldados por cuestiones que les son extrañas, es preciso á lo menos darles el ejemplo de las cualidades y virtudes que se exigen de ellos. Adriano comprendió esta verdad de buen sentido y de justicia; y resultó que viendo cómo el príncipe daba tal importancia á los ejercicios viriles y vigilaba con tal atención todos los servicios, no hubo ya centurión, tribuno ni legado que creyera que podía descuidar nada. Entonces el imperio poseyó un ejército que fué como un cuerpo robusto, de miembros flexibles y vigorosos, capaz de soportar todas las fatigas, de arrostrar todos los peligros y dispuesto siempre á salir de sus campamentos para una expedición ó para una batalla.

Pero fué también un ejército dócil: no había soldado que pensara en negar obediencia á un jefe que no mandaba á los demás sino lo que se imponía á sí mismo y que á todas las virtudes militares añadía el espíritu de justicia.

Adriano no daba el sarmiento ó vara de vid, insignia del grado del centurión, sino á los más bravos de los legionarios, y despedía del campamento á los oficiales imberbes á quienes Augusto lo había abierto, á los soldados demasiado jóvenes y á los demasiado viejos á fin de no tener que pagarles la veteranía. Para nombrar á un tribuno no exigía ya privilegios de sangre, sino edad y mérito. Era facilitar el acceso á los altos grados á los buenos soldados; y como lo veían también visitar á los enfermos en los cuarteles, velar incesantemente por su bienestar y ocuparse en sus intereses y en su porvenir hasta conocer á todos los veteranos por sus nombres, respondían á esta solicitud del príncipe con una gratitud, que impidió todo tumulto durante todo este reinado de veintitún años, en que el ejército no tuvo sin embargo ni un día de botín ni de victoria.

Yendo de Constantina al oasis de Biskra, se encuentra en Lambesa al pie del Aures, un campamento romano, que conserva aún su muro de piedra, el de la legión III.^a Augusta, el pretorio ó residencia del legado que la mandaba, y á 2 kilómetros del campamento en medio de otras ruinas, un pedestal que ostenta una alocución dirigida á las tropas por Adriano. Elogia su celo en ejecutar todos los ejercicios prescritos, aun los más difíciles; en hacer en un día trabajos, en que otros invertirían una semana; en llevar pesos enormes; en entregarse á simulacros de combates, que son una imagen de la guerra y á la guerra preparan, etc.

Esta inscripción, mutilada y todo como está, dice bastante para mostrar que Adriano ni aun había olvidado á un puñado de hombres perdidos á orillas de un gran desierto, y deducimos de ello que su vigilancia se extendía y abarcaba todos los puntos de la inmensa circunferencia trazada alrededor del imperio por los puestos militares de las legiones.

Quédanos otro documento contemporáneo, un fragmento de la *Poliorcética* de Apolodoro. Adriano, que sabía utilizar todos los talentos, había pedido al grande arquitecto un tratado sobre las máquinas de guerra. Apolodoro hizo más: en poco tiempo escribió el tratado, y además dibujó las máquinas y las ejecutó; después envió al príncipe explicaciones y dibujos con los numerosos operarios que había formado (2). Era lo que nosotros llamaríamos una nueva

(2) *Misi quoque fabros indigenas et reliquos artifices ac operarios (Poliorcética)*, texto griego y latino con grabados, en la magnífica edición príncipe de 1693, *in proemio*. El alcance máximo de las máquinas antiguas era de 440 metros según M. de Rochas, *Balistique de*

artillería de sitio y de campaña, porque Apolodoro dió poca ó ninguna importancia, según parece, á la que entonces estaba en uso. «Los antiguos, dice, no han podido servirme.» Y sus nuevos ingenios eran ligeros, aunque poderosos, y muy móviles, *leves et veloces*; porque, añade, «cuando estaba yo contigo en el ejército, aprendí lo que las necesidades de la guerra exigen en cuanto á movilidad de hombres y máquinas.» Todas estas antiquísimas cosas son todavía, bajo otras formas, verdades hoy.

Pero ¿de qué sirven tantos preparativos y gastos? ¿Para qué tanto afán en poner en estado un instrumento que no se empleó? Adriano preparó la guerra para tener la paz. Con un ejército tan perfectamente ejercitado y dócil, y por consiguiente siempre dispuesto para una acción fulminante, pudo sin peligro inaugurar una política pacífica. Nadie, ni dentro ni fuera, tuvo esta resolución por una confesión de flaqueza, ni se encontró ya un ambicioso para excitar sediciones, ni rey ni pueblo tan audaz para invadir fronteras tan bien guardadas.

Pero consideremos las mismas fronteras: el espectáculo es en ellas tan curioso como en los campamentos.

La primera que llamó la atención de Adriano fué la del Danubio. Apenas llegado de Oriente á Roma, fué llamado á la Mesia por una incursión de los roxolanos. El rey de este pueblo estaba enojado, porque se le había reducido la pensión que Trajano le señalara, y hordas de jinetes bárbaros, ascendientes de los cosacos de hoy, habían caído sobre la Dacia oriental, mientras los sármatas yacigés, que eran de su sangre, atacaban la provincia por la parte occidental. Estas tribus tomaban al contacto de Roma ciertas habilidades de los gobiernos bien establecidos. En tiempo de Trajano, el Decéballo extendía por todas partes sus intrigas y enviaba emisarios hasta á los partos. Cuando las legiones se establecieron en esta provincia de la Dacia, que por la disposición de sus montañas, parecía una gran fortaleza, dividiendo una parte del mundo bárbaro, los sármatas del Teis continuaron entendiéndose, por detrás de los Cárpatos, con los del Dnieper, y daban tal importancia á estas relaciones, que en tiempo de Marco Aurelio consintieron en no poner un barco en el Danubio, á trueque de poder traficar entre sí á través del país de los dacios. Y era que, bajo estas relaciones de comercio, disimulaban relaciones políticas que facilitaban las coaliciones por las cuales fué al fin precipitado el imperio.

La que Adriano tenía entonces á la vista no parece haber sido muy temible. Sin embargo, acudió á sus legiones de la Mesia, y hacía ya grandes preparativos, cuando le llegó la noticia de la conspiración de Palma y Quieto. En semejantes circunstancias su presencia era necesaria en Roma: en vez de combatir, restableció el antiguo subsidio y se granjeó la amistad del rey de los roxolanos, que parece haber tomado su nombre, *P. Elio Rasparasano*, y lo envió sin más demora con su pueblo á sus campamentos, establecidos á orillas del Boug y del Dnieper. Para no tener que volver sobre el asunto de esta frontera, mostraremos desde

l'antiquité, en el Anuario de la Sociedad para el fomento de los estudios griegos, 1877, p. 273. M. de Rochas recuerda que Arquímedes lanzaba piedras de 250 kilogramos, y que en Cartagena, cuando Escipión tomó la plaza, encontró ciento veinte *oxibelos* (catapultas para lanzar dardos) de grueso calibre, y doscientos ochenta y uno de calibre menor; veintitrés grandes *litobolos* (catapultas para arrojar piedras) y cincuenta y dos pequeñas; en total cuatrocientas setenta y seis piezas de artillería, digámoslo así, sin contar dos mil quinientas armas arrojadizas, llamadas escorpiones, etc., y análogas por su uso á nuestros fusiles de muralla. Un *petrobolo* de 30 minas (26 libras) correspondía por su efecto á nuestro antiguo cañón de 12 libras.

luego su organización defensiva, en la cual trabajó Adriano sin duda durante todo su reinado.

El territorio situado al Norte de las bocas del Danubio entre el Sereth y el Dniester (Besarabia) por el cual acababan de pasar los roxolanos, y por donde pasarán todas las invasiones ulteriores, formaba parte, bajo la autoridad de un procurador romano, del gobierno de la Mesia inferior. Era una posesión importante, aunque el imperio no hubiera aventurado allí colonias, porque las tropas acantonadas en la Dobrutcha podían acudir rápidamente y cerrar la amplia abertura que por esta parte se extiende desde los Cárpatos hasta el mar. Así, una legión, la V.^a Macedónica, se había establecido en *Troesmis* (Iglitza) no lejos de la cabeza del delta danubiano y de los lugares en que se elevan hoy, en la otra orilla, las grandes ciudades de Braila y de Galatz. Entre las numerosas inscripciones que se han encontrado allí, una, del tiempo de Adriano, representa á la futura ciudad en el estado de villajo ó aldea (*vicus*) formada por las barracas de los vivanderos. En cuanto al campamento estaba hábilmente situado en aquel promontorio de cien pies de altura, desde donde se domina á lo lejos el curso del Danubio sembrado de numerosos islotes, que facilitan á la vez su paso y su defensa.

Al menor ruido de invasión, acudía la legión más allá del río por detrás del Sereth, é interceptaba el paso á los invasores, ó con la amenaza de cortarles la retirada los obligaba á precipitada fuga. Por otra parte, los romanos habían tomado de mucho tiempo antes al extremo de esta región un punto de apoyo, la ciudad de Tiras, antigua y rica colonia de Mileto fundada á la embocadura del Dniester á las inmediaciones de la ciudad actual de Akerman (1). Tenían también otro punto de apoyo en Crimea (*Quersoneso Táurico*), en Kerch (*Panticapea*), donde reinaba un príncipe de los sármatas, que se decía grande amigo del imperio y de Adriano. Otra colonia milesiana, *Olbia* (Otchakof) en la embocadura del *Boristenes* (Dnieper), uno de los mayores mercados de aquellas regiones, les servía también de vigilante centinela.

Finalmente, la flota del Ponto Euxino unía estos puntos con las plazas marítimas de la Mesia, *Tomo* (Kustendje) y *Odessus* (Varna); de modo que del vasto semicírculo descrito por el litoral, de *Odessus* á *Olbia*, una mitad estaba bien defendida y otra mitad bien vigilada.

Así el valle inferior del Danubio cubierto al Norte por los Cárpatos, lo estaba al Este por puestos avanzados, desde donde los romanos contenían la barbarie, que ondulaba como un mar sin playas en la inmensa extensión de las llanuras sarmáticas.

¿A quién correspondía el honor de esta organización defensiva? Sin duda á aquel hábil gobernador de la Mesia, Plaucio Eliano, de quien ya en otro lugar hablamos. Tiras debió de haber reclamado la protección del imperio, en el tiempo en que Plaucio ejecutó entre el Sereth y el Dniester, la inmensa *rassia* que le dió cien mil cautivos, de los cuales hizo otros tantos labradores para su provincia. Pero en una ú otra época, ya en su permanencia del año 118 á orillas del Danubio, ya en un viaje posterior, Adriano se ocupó en las cosas de este país, donde había servido como tribuno legionario bajo el reinado de Domiciano, y donde se le ofrecía el primer peligro que tenía que conjurar desde su adve-

(1) Or.-Henz., núm. 6,429. Esta inscripción que refiere una carta de Septimio Severo confirmando privilegios antiguamente concedidos á Tiras, muestra la persistencia del imperio en proteger estas ciudades griegas de la costa septentrional del Euxino desde donde vigilaba, por medio de ellas, y contenía á los bárbaros del interior.